

SINICESIS / CONSONANTIZACION DE I Y V SEMIVOCALICAS EN LATIN

Miguel Rodríguez-Pantoja

Desde la antigüedad ha sido motivo de discusión para los gramáticos y comentaristas, sobre todo los de Virgilio, la escansión «anormal» de palabras como *ariete*, *abiete*, *parietibus*, *omnia*, *genua*, *tenuia* y otras por parte de los poetas latinos, y se han ensayado diversas explicaciones del fenómeno, que abarcan bien la totalidad de las mencionadas palabras, bien sólo una parte de ellas.

Para comenzar nuestro estudio señalaremos primero las explicaciones de los propios romanos, limitándonos a las que atañen a los versos virgilianos que contienen algunas de estas escansiones peculiares, y que son los siguientes:

Aen.	2,16	<i>aedificant sectaque intexunt abiete costas</i>
	5,663	<i>transtra per et remos et pictas abiete puppes</i>
	8,599	<i>inclusere caui et nigra nemus abiete cingunt</i>
	11,667	<i>aduersi longa transuerberat abiete pectus</i>
	9,674	<i>abietibus iuuenes patriis et montibus aequos</i>
Aen.	2,492	<i>costodes sufferre ualent; labat ariete crebro</i>
	7,175	<i>hae sacris sedes epulis; hic ariete caeso</i>
	12,706	<i>moenia quique imos pulsabant ariete muros</i>
Aen.	11,890	<i>arietat in portas et duros obiice postes</i>
georg.	4,297	<i>parietibusque premunt artis, et quattuor addunt</i>
Aen.	2,442	<i>haerent parietibus scalae postesque sub ipsos</i>
	5,589	<i>parietibus textum caecis iter ancipitemque</i>
georg.	1,482	<i>fluuiorum rex Eridanus, camposque per omnes</i>
georg.	4,243	<i>stelio, et lucifugis congesta cubilia blattis</i>

Aen.	1,2	<i>Italiam fato profugus Lauiniaque uenit</i>
Aen.	6,33	<i>bis patriae cecidere manus. Quin protinus omnia/ perlegerent...¹</i>
Aen.	7,237	<i>praeferimus manibus uittas ac uerba precantia/ et...</i>

Aen.	5,432	<i>genua labant, uastos quatit aeger anhelitus artus</i>
	12,905	<i>genua labant, gelidus concreuit frigore sanguis</i>
georg.	1,397	<i>tenuia nec lanæ per caelum uellera ferri</i>
	2,121	<i>uelleraque ut foliis depectant tenuia Seres</i>
	2,180	<i>tenuis ubi argilla et dumosis calculus aruis</i>

Se suele hablar de licencias propiamente métricas en unos casos y de particularidades prosódicas e incluso morfológicas en otros.

Entre las primeras la más generalizada es la que admite la inclusión en el hexámetro de un proceleusmático o un anapesto como sustituto del dáctilo o el espondeo, llamándola «*solutio*» (Mario Victorino², Servio³) o «*resolutio*» (Sergio⁴, Pompeyo⁵, Cleonio⁶) y aplicándola a *abiete*, *abietibus*, *arietat*, *fluuiorum*, *genua*, *tenuia*. Según Sacerdote⁷ (que cita expresamente Aen. 11,890 *arietat*, 8,599 *abiete* y 12,905 *genua*) no se trata de convertirlos sin más en dáctilos tomando las dos primeras breves ligadas por una larga «*sicut praecepit Iuba metricus*», sino que en los casos donde tiene lugar esa sustitución «*fit asynartetum per antipathian, id est per contrarietatem*».

Por otro lado, cuando la palabra ocupa la posición inicial del verso, Mario Victorino⁸, Diomedes⁹, Macrobio¹⁰ apuntan una explicación distinta; según ellos, versos como Aen. 5,589 y 11,890 o georg. 1,482 que se abren, respectivamente, con *parietibus*, *arietat* y *fluuiorum*, son «*acéfalos*», es decir, privados de una vocal o una sílaba al principio. Ninguno de estos autores, sin embargo, explica la escansión del verso completo.

1. En georg. 4, 221 *aetherios dixere: deum namque ire per omnes / terrasque...*, varios autores, encabezados por P. H. Peerlkamp, prefieren *omnia*, siguiendo a Ambrosio off. 1, 13.

2. MAR. VICTORIN. gramm. VI 222.

3. SERV. Aen. 2, 16 y gramm. IV 425.

4. SERG. gramm. IV 480.

5. POMP. gramm. V 120.

6. CLEDON. gramm. V 30.

7. SACERD. gramm. VI 546.

8. MAR. VICTORIN. gramm. VI 67.

9. DIOM. gramm. I 500.

10. MACR. sat. 5, 14, 1.

Si pasamos al último pie, Macrobio ¹¹, Máximo Victorino ¹² o los *excerpta* de Audaz ¹³ admiten la existencia de versos con seis dactilos completos e incluyen entre ellos Aen. 6,33 que termina, como ya hemos visto, en *omnia*. El primero de ellos, además, les aplica globalmente el término de «hypercatalecti».

Las explicaciones prosódicas parten de una modificación en la distribución de las sílabas. Así, Pompeyo ¹⁴ afirma que cuatro breves pueden sustituir en efecto a dos largas, pero únicamente cuando «*talia sint ipsa uerba, quae per conlisionem possint facere positionem*». De acuerdo con ello divide *ten-vi-a* «quia *e* uocalis desinit in *n* et excipitur ab *u* loco consonantis posita et facit superiorem longam» (se da, pues, como podemos leer en los *excerpta* de Julian ¹⁵, una «scissio» de la segunda sílaba *nu* y una «solidatio» de la *n* a la primera y de la *u* a la tercera), o *ar-je-tat* por parecidas razones. Esta misma idea está recogida por el *Tractatus de ultimis syllabis* atribuido a Probo ¹⁶, o por Beda ¹⁷, que habla asimismo de «coniunctio» y «solutio», «quam Graeci episynalpham et diaeresim uocant», y da como ejemplos de la primera los versos Aen. 2,16 (*abiete*), 2,492 (*ariete*); georg. 1,397 (*tenuia*), 1,482 (*fluuiorum*). Afirma que tal fenómeno se encuentra preferentemente en voces con *i* y *u* y cita una serie de lecturas con «coniunctio» o «solutio» que pueden hallarse «in nostratibus poetis» (Paulino, Fortunato, Sedulio, Prospero).

Finalmente, Probo ¹⁸ dice a propósito de *tenuia* y los motivos de su peculiar «pronunciación» en Virgilio: «*quoniam quaecumque nomina generis neutri nominatiuo casu numeri singularis e littera terminantur, haec ex eodem nominatiuo casu numeri singularis eandem e litteram in ia litteras conuertunt et nominatiuum casum numeri pluralis ostendunt; et ideo hoc tenue haec tenuia facere pronuntiatur*».

La falta de un criterio único es evidente; para la mayoría de los versos mencionados se presentan múltiples explicaciones. A pro-

11. MACR. sat. 5, 14, 4.

12. MAX. VICTORIN. gramm. VI 213-214.

13. AVDAX gramm. VII 339.

14. POMP. gramm. V 120.

15. IVLIAN. gramm. V 321.

16. VLT. SYLL. gramm. IV 257.

17. BEDA gramm. VII 248-250.

18. PROB. gramm. IV 130.

pósito de Aen. 11,890, por poner un solo ejemplo, se habla de «solutio» (Servio), «resolutio» (Cledonio), consonantización de *i* por escisión (Pompeyo, *Tractatus de ultimis syllabis*), verso «asynartatum per antipathian» (Sacerdote) o «acéfalo» (Macrobio).

En cuanto a los argumentos métricos, los investigadores modernos no aceptan esas «licencias» que permiten sustituir dáctilos y espondeos por anapestos o proceleusmáticos, recurriendo a otras explicaciones para dar razón de tales anomalías¹⁹. Asimismo utilizan el término «acéfalo» y su significación, pero restringiéndolo, como una forma de señalar las variaciones especialmente de los versos eólicos²⁰. Incluso, aun cuando se admite la posibilidad de que existan hipercatalécticos, no se tienen por tales más que a aquellos en los que la sílaba final va elidida o contraída por sinalefa con la vocal que abrirá necesariamente la primera palabra del verso siguiente.

Por su parte, las explicaciones prosódicas, que en último término reducen la cuestión a un empleo de la semivocal como consonante, han prevalecido hasta la actualidad extendiéndose incluso a versos donde los gramáticos latinos mencionados no vieron tal fenómeno, como es el caso, para no salir de Virgilio, de los terminados en *omnia* y *precantia*. Sin embargo, el por qué de esa consonantización está lejos de quedar claro y la mecánica general de su comportamiento tampoco parece tener una explicación unánime; básicamente oscila hoy entre dos polos: unos la consideran reflejo de la pronunciación popular en la poesía culta; otros prefieren ver en el fenómeno la pervivencia de una licencia griega que remonta en último término a Homero²¹. En las reflexiones que siguen pretendo esclarecer algunos puntos, tomando como base de partida fundamentalmente la amplia relación (como veremos, no exhaustiva) de ejemplos de poetas latinos, situados cronológicamente entre Ennio y

19. No debemos olvidar, sin embargo, que en Homero el hexámetro puede ir abierto por un yambo (así, Il. 22, 379), un tríbraco (Il. 21, 352), un proceleusmático (Il. 13, 144) e incluso un anapesto (Il. 17, 461), y que, pese al escaso número de versos conservados de Ennio, su obra documenta alguna de estas licencias: ann. 340 *ueluti si quando...* (anapesto o tríbraco), 490 *capitibu' nutantes...* (proceleusmático), ann. 94 *aiuum praepetibus...*, sobre el que más adelante volveremos (anapesto, si no se admite consonantización de *i* y *u*). Cf. W. M. Lindsay, *Early Latin Verse*, Oxford, 1922, p. 308.

20. Cf. por ejemplo D. S. Raven, *Latin Metre*, London, 1965, p. 151: término usado a veces para señalar la relación de un verso con otro; así -u-u-u- puede ser llamado una forma «acéfala» de u-u-u-u-. Pero hay que reconocer que tiene solo un uso relativo y no presenta conexión con el ritmo esencial del verso.

21. Cf. por ejemplo M. Leumann, *Lateinische Laut- und Formenlehre*, München, 1977, p. 129.

Ausonio, que ofrece en su estudio sobre la métrica de los mismos L. Müller²².

En primer lugar, y pese a que los comentaristas antiguos arriba mencionados no establecen diferencias, es poco aconsejable considerar siempre en bloque los casos que atañen a la *i* y los que atañen a la *u*, porque difieren notablemente en una serie de puntos. Ya lo hacía notar en cierto modo W. M. Lindsay, cuando hablando del cambio de los primeros afirmaba «Somehow it seems nowadays more uncouth than the parallel change of *u* to *v* (...), and one is averse to allow it even in early poetry unless metrical necessity justifies the abnormal form»²³.

En segundo lugar, no creo que se deba aceptar sin más la consonantización como causante de todas estas escansiones singulares.

I SEMIVOCALICA

Varias formas evidencian, a mi juicio con bastante claridad, el tratamiento del grupo *i* más vocal como una sinicesis propiamente dicha, entendiendo por tal la fusión de dos sílabas en una por coalescencia de dos vocales contiguas²⁴, para formar un «falso diptongo», licencia señalada ya por los antiguos dándole diversos nombres²⁵, a la que esporádicamente recurren los poetas por necesidades métricas, y que vamos a diferenciar de la consonantización, asociada habitualmente a ella.

El grupo más homogéneo de vocablos a incluir bajo este epígrafe es el de los que ocupan final de verso, los cuales, siendo en general de uso común, presentan su prosodia habitual en otros pasajes del mismo autor e incluso del mismo poeta; su primera nota es, pues, el carácter esporádico de la escansión que consideramos, lo cual permite hablar con toda propiedad de «licencia». A los ya mencionados de Virgilio (...*omnia* / *perlegerent*...; [...*omnia*-/*terrasque*...]; ...*precantia* / *et*...) se pueden añadir algunos más: Lucilio 438M ...*omnia* / *tollantur*...; Ovidio met. 15,718 ...*Antium* / *huc*... (el único caso de posible consonantización en este poeta; lo

22. L. Müller, *De re metrica poetarum Latinorum praeter Plautum et Terentium libri septem*, Leipzig, 1894 (Hildesheim, 1967).

23. W. M. Lindsay, *oc. c.*, p. 141.

24. Cf. M. Platnauer, *Latin Elegiac Verse*, Hamden, Connecticut, 1971², p. 66.

25. ἐπισυναλοφή, συνίησις, συναίρεσις, συνεκφώνησις.

cual ya de por sí resulta significativo); Ausonio epist. 9,28 ...*caentia / Hellespontiaci*...²⁶; idyll. 4,29 ...*omnium / multiplici*...; idyll. 16,25 ...*omnia / ingrediens*...

Estas palabras presentan dos consonantes inmediatamente delante de la semivocal, con lo cual la consonantización de ésta complicaría su articulación, al formar un grupo de tres, insólito enteramente además, incluso en frontera de palabra, para el caso de un supuesto *omnja, omnjum*. Parece, pues, más viable una unión de la *i* con la vocal siguiente, formando un «falso diptongo», fenómeno por otra parte relativamente frecuente en los finales de verso. Antes de pasar a otro punto conviene señalar también que varios de estos versos van seguidos de otros que comienzan por una consonante, con lo cual se excluye la posibilidad de hablar en rigor de «hipérmetros»²⁷.

Que la *i* puede formar eventualmente «diptongo» con la vocal contigua lo demuestra con toda claridad el *ōriundi* de Lucrecio 2,991 (*denique caelesti sumus omnes semine oriundi*) donde sólo cabe un esquema breve-larga-larga, asociando la *i* con la *u* siguiente. También hay que incluir aquí *dōmīnia* documentado por Lucilio, tanto si admitimos la lectura de F. Marx²⁸ (verso 438) y W. Krenkel²⁹ (455) [*tollantur*] *primum dominia atque sodalicia omnia*, como la del mencionado L. Müller³⁰, que conjetura *i primum dominia atque sodalicia omnia tollant*. Este último autor cita también *ōpēriuntur* en los yambos de Levio (frg. 15 Morel) *complexa somno corpora / operiuntur ac suavi quie / dicantur*³¹.

Aplicando este concepto de sinicesis no sorprenden tanto las escansiones de *tēnūior* y *tēnūiore* en los siguientes versos de Estacio:

26. El Dr. B. Segura, que ha tenido la amabilidad de leer el manuscrito, me llama la atención sobre el virgiliano ...*luce carentum* (georg. 4, 225 y 4, 472) como un ejemplo más a incluir en este apartado. En efecto, la expresión, tomada de Lucrecio 4, 35, donde también cierra hexámetro, ofrece los tres únicos testimonios de esta forma.

27. Podríamos añadir aquí el verso de Accio, recogido por Nonio 488, 2M como ejemplo de sustitución de *auguria* por *augura*: *pro certo arbitror sortis oracla adytus augura*.

28. F. Marx, *C. Lucilii Carminum reliquiae*, Leipzig, 1904-1905.

29. W. Krenkel, *Lucilius, Satiren*, Leiden, 1970.

30. L. Müller, *o. c.*, p. 299.

31. Aún cabe añadir el *iniuriatum* de Lucilio 57, *iniuriatum tunc in fauces inuasse animamque*, que M. Marx, a partir de M. A. Mureto y seguido por W. Krenkel, sustituye por *im-puratum*.

32. Si se acepta la lectura de J. P. Postgate, *tenuior* aparece también en Achill. 1, 239 *et tenuior Spercheos aquis speluncaque docti*.

Theb. 4,697 *dixerat; ast illis tenuior percurrere uisus*³²
 12,2 *ortus et instantem cornu tenuiore uidebat*
 silv. 1,4,36 *sperne coli tenuiore lyra. uaga cingitur astris*

Los tres se pueden medir, sin necesidad de admitir una consonantización simultánea de las dos semivocales, *ten-vio-* (larga-larga), uniendo *i* a la vocal siguiente. Lo mismo es aplicable a *ten-via* (cf. infra) donde *-ia* aparece elidido las dos veces que se documenta³³. Precisamente la elisión de *-ia* puede dar cuenta de esa particularidad de Estacio que coloca *conubia*, cuya segunda sílaba mide regularmente larga, en inicial de verso ante palabra empezada por vocal³⁴.

Parecido es el problema que plantea el horaciano *uiētis* (epod. 12,7 *qui sudor uietis et quam malus undique membris*) que, junto con *omnia* en Aen. 6,33, ya comentado, y *patruī* de Estacio, al que más adelante me referiré, constituía para L. Müller un grupo de «*exempla sat dura*»³⁵ desde el punto de vista articulatorio. Aquí también es más fácil que haya existido coalescencia de *i* con la *e* larga siguiente que un totalmente insólito grupo inicial *vj*.³⁶

Además la formación esporádica de «diptongos» incluso de tensión creciente no repugna a la lengua; y buena prueba de ello son los numerosos ejemplos de *ea*, *eo*³⁷ medidos como una sola sílaba en la poesía latina.

El extremo opuesto lo ocupan unos cuantos vocablos que únicamente se pueden explicar admitiendo la consonantización regular. Aparecen en diversos autores y en distintos lugares del verso, aun cuando ocupan de preferencia el quinto pie y la posición inicial.

Veamos primero la lista de ejemplos:

33. Sabido es que Estacio no rehúye la elisión de vocales largas y diptongos en determinadas posiciones. Cf. F. Vollmer, *P. Papinius Statius, Siluarum libri*, Leipzig, 1898 (Hildesheim, 1971), p. 558.

34. Concretamente en Theb. 1, 245; 3, 579; 8, 235; 11, 216; silv. 2, 3, 19; 3, 3, 110; 5, 3, 241.

35. L. Müller, *o. c.*, p. 299, y eso que, según sus propias palabras (p. 281) «*minimum habent asperitatis ...ia, ie, io...*».

36. H. Lausberg, *Lingüística románica*, traducción de J. Pérez Riesco y E. Pascual Rodríguez, Madrid, 1970, vol. 1, p. 187, habla de lo que él llama «analogía combinatoria de fonemas», en los siguientes términos: «las combinaciones de fonemas originadas por el cambio fonético que no responden a las costumbres de combinaciones fonemáticas hasta entonces existentes, son sustituidas por otras combinaciones fonemáticas usuales», y lo aplica, en p. 283, a *quetu* procedente de *quietu*, donde «hay un deseo de evitar la secuencia desusada de las semivocales *-ui-*».

37. Aunque en teoría *eo* podría no considerarse creciente, lo debió ser, si tenemos en cuenta que tendía a cerrarse en *io*.

ABIES

<i>abiete</i> ³⁸	Quinto pie:	Virgilio Aen. 2,16; 5,663; 8,599; 11,667 Silio Itálico 3,442; 6,352
<i>abietibus</i>	Inicial:	Virgilio Aen. 9,674 Valerio Flaco 7,405

ARIES

<i>ariete</i>	Inicial:	Silio Itálico 5,554; 16,696
	Quinto pie:	Virgilio Aen. 2,492; 7,175; 12,706 Silio Itálico 12,40; 12,535 Ausonio ecl. 16,3
<i>arietis</i>	Inicial:	Prisciano perieg. 92
	Quinto pie:	eleg. in Maec. 1,109 Avieno orb. terr. 228
	Otras posiciones:	Estacio Theb. 2,492 <i>apparet aut celsum crebris arietis ictibus urbis</i> ³⁹ .

ARIETO

<i>arietat</i>	Inicial:	Virgilio Aen. 11,890 Valerio Flaco 6,368 Silio Itálico 4,149 Prudencio Ham. 489
----------------	----------	--

PARIES

<i>parietibus</i>	Inicial:	Virgilio Aen. 5,589; georg. 4,297 Silio Itálico 2,361 Ausonio idyll. 16,44 Prudencio Ham. 852 Sidonio carm. 22,200
	Otras posiciones:	Virgilio Aen. 2,442 <i>haerent parietibus scalae postesque sub ipsos</i> Columela 10,27 <i>talís humus uel parietibus uel saepibus hirtis</i> .

ABIEGNVS

Los dos únicos ejemplos, dentro de los límites cronológicos en que nos movemos, donde la colocación del vocablo permite decidir sobre su articulación, están tratados como los precedentes; y precisamente por un autor que no presenta la «licencia» en otro lugar.

Propercio 3,19,12 *induit abiegnae cornua falsa bouis*
4,1,42 *laeserat abiegni uenter apertus equi*

38. Hay un caso dudoso: Avieno, ora 4, 104 [f]acere <ue> norunt non abiete ut usus est. Cabe tanto breve-breve-breve como breve-larga haciendo sinicesis con -ie-. En todo caso e' verso es textualmente inseguro.

39. Es un pasaje discutido donde si se acepta la lectura de la mayoría de los códices...*crebris arietibus urbis* tendríamos un ejemplo singular de e larga.

Dejando aparte la poesía arcaica, cuya prosodia tiene normas propias, no hay pasajes donde los casos oblicuos de estos vocablos se midan sin consonantizar la *i*. Pero *abiēte*, *ariēte*, *ariētis*, *ariētai* deberían llevar el acento sobre ella, ya que la penúltima es breve. Ahora bien, si el acento latino, por ser culminativo, «consiste en destacar —tégasele por tonal, tégasele por intensivo— una sílaba entre todas las de una palabra»⁴⁰, difícilmente se puede admitir que los poetas clásicos permitan la desaparición de tal sílaba en virtud de una mera licencia métrica.

De lo dicho se deduce que la *i* debió haber sufrido un proceso de reducción o eliminación de su capacidad como vocal, proceso que, por otra parte, también evidencia la lengua vulgar (tomando el término en su sentido más generalizado), según podemos comprobar a partir de algunas grafías como *paretes* (C.I.L. VI 3714; 31007) y de los resultados romances: *abietem* da «abete» en italiano, «abet» ó «abete» en aragonés, «avet» en catalán⁴¹; *arietem*, «arete» en provenzal, «arete» en rumano; *parietem*, «parete» en italiano, «paroi» en francés, «pared» en español, «paret» en provenzal y catalán, «parede» en portugués.

Para que ello pueda suceder es necesario un desplazamiento del acento; en la lengua literaria se explica generalmente por nivelación del paradigma a partir de los nominativos *abies*, *aries*, *paries* que lo llevan en la primera sílaba, sin olvidar que *i* es átona en *abietibus*, *arietibus*, *parietibus*, la forma más usada después del nominativo y las que venimos estudiando. La base de la evolución vulgar es distinta: parte de un acento intensivo, que tiende a avanzar hacia la más sonora de las dos vocales en contacto⁴².

Pero la *i* no desaparece sin dejar rastro: ya hemos visto que en latín literario consonantiza: la sílaba anterior, que era breve, queda trabada, y como la *e* que sigue se mantiene breve, la palabra presenta una acentuación proparoxítona o en tercera sílaba a partir del final. Por eso *abiete*, *arietè*, *arietis* son colocados sin difi-

40. Como recordaba recientemente S. Mariner en «Condicionamientos de la «ley» *mamma-mamilla* a tenor de su extensión en latín vulgar», *Actas del V Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid, 1978, p. 168.

41. El castellano «abeto» es adaptación del aragonés «abet(e)» o del catalán «avet», pues si derivara directamente de *abietem* debería haber dado «*aved». Cf. J. Corominas, *Diccionario Crítico Etimológico de la Lengua Castellana*, vol. I, Madrid, 1954, s. v.

42. Cf. otra explicación en V. Pisani, «Altes *ie* im lat. und romanisches *abete*, *muljera*, *filjolo*», *IF* LIV 1936, pp. 209-213.

cultad y preferentemente en una posición del verso, el quinto pie, donde la coincidencia entre el tiempo marcado y el acento es regular.

En cambio el latín vulgar acentúa *ab(i)étem*, *ar(i)étem*, *par(i)étem* en la penúltima sílaba, lo mismo que *mul(i)érem* y aquellas palabras en las que se da una secuencia *-io-* (tipo *fil(i)ólum*), eliminando aparentemente la *i*. Aparentemente, porque estos vocablos se singularizan en el sentido de que sus derivados romances parten de una *e* cerrada, precisamente el resultado normal de *e* larga clásica; sin embargo no tenemos ninguna prueba de que en este caso haya existido alargamiento: como acabamos de ver, la pérdida del «vocalismo» de *i* en la lengua literaria no afecta a la cantidad de *e* y los únicos testimonios para apoyar la modificación de esta vocal remontan a una pronunciación vulgar que no entiende de largas y breves sino de abiertas y cerradas. Cabe pensar, pues, que la *e* vulgar ha sufrido un cierre al encontrarse con el «soplo» semi-consonántico a que había quedado reducida la *i*⁴³, de manera similar a como *ae* se convirtió, por la fuerza abridora de la *a* que luego desaparecería, en *e* abierta.

Creo preferible esta explicación a la de quienes, como H. Lausberg⁴⁴, afirman que «*ie* (*iē-* y *-iē-*) se contrae en *ē*», pues acabamos de ver cómo la lengua literaria, que tiene en cuenta la oposición cuantitativa, no contrae y en cambio sí lo hace la vulgar donde tal oposición no es pertinente. Parecida es la objeción a la hipótesis que justifica el supuesto alargamiento por el influjo del acento⁴⁵, pues es claro que este influjo no existe cuando la cantidad tiene valor fonológico.

De cualquier forma no hay testimonios, fuera de la época arcaica, para apoyar la independencia de la *i* como vocal en los casos oblicuos, e incluso Varrón documenta una pronunciación antigua de *aries* sin ella⁴⁶.

Por otra parte no cabe hablar aquí de licencia porque, con las

43. En términos generales esta explicación está ya formulada por Américo Castro en nota a la p. 209 de su traducción de la *Lingüística Románica* de W. Meyer-Lübke, Madrid, 1926.

44. H. Lausberg, *o. c.*, p. 283. Esta misma teoría está ya en C. H. Grandgent, *Introducción al latín vulgar*, traducción de F. de B. Moll, Madrid, 1970⁴, p. 150, que la ubica «al parecer en antigua fecha».

45. Cf. por ejemplo V. Väinänen, *Introducción al latín vulgar*, traducción de M. Carrión, Madrid, 1967, p. 69, o D'A. S. Avalle, *Bassa Latinità, Vocalismo*, Torino, 1970², p. 39.

46. Varrón, ling. 5, 98.

excepciones apuntadas de la época arcaica, esas palabras presentan siempre la misma articulación.

¿Por qué se da precisamente en ellas? A. Meillet⁴⁷ apunta, a propósito de *abies*, que se trata de un objeto material para el que Virgilio podía pensar en una pronunciación popular, y lo mismo cabe decir de los otros sustantivos. Pero tomar las escansiones de la poesía hexamétrica como reflejo de la lengua de la calle es, cuando menos, precipitado, pues no hay constancia ninguna de que ésta articulara *ábjetem*, *árjetem*, *párjetem*⁴⁸. Lo que realmente las singulariza, junto con *mulierem*, es la secuencia «*i* breve, tónica originariamente en casi todo el paradigma, más *e* breve».

Mulierem sin embargo presenta una situación diferente: dentro de la poesía clásica no aparece en los casos oblicuos, por lo que no disponemos de elementos para juzgar su articulación en paralelo con las palabras estudiadas. Por otra parte algunos poetas del siglo v⁴⁹ los miden con *e* larga. Sin embargo los derivados romances (italiano «moglie», español «mujer», catalán «moller», antiguo francés «moillier», portugués «mulher») parten de una vocal abierta, resultado normal de *e* breve, y acentuada, «omitiendo» la *i*, aunque sólo de forma aparente, como veremos más adelante.

Hay quien supone que primero pasó a larga y luego abrevió por analogía⁵⁰. Pero difícilmente se concibe ese alargamiento que sólo admite explicación fonética, y ya hemos visto cuán frágil, partiendo de una fusión de *i* con *e*, cuando tanto los poetas aludidos como la lengua vulgar mantienen de una u otra forma la *i*. Además la abreviación se produciría en una época en que ya la cantidad ha dejado de tomarse en cuenta. Más bien cabe ver la analogía en el uso literario tardío, que modifica artificialmente la cantidad, como una especie de compromiso entre la pronunciación corriente con penúltima acentuada y la forma clásica.

Entonces ¿por qué *mul(i)erem* no cerró la *e* como hemos visto que lo hacían *ab(i)etem*, *ar(i)etem*, *par(i)etem*? A mi juicio la explica-

47. A. Meillet, *Esquisse d'une histoire de la langue latine*, Paris, 1966³, p. 226.

48. Además, si se aceptara la evolución que hace suponer la lengua vulgar (es decir, *abete*, etc., sin la *i* y con *e* breve —o larga?—) no habría ninguna dificultad para que entraran en el hexámetro.

49. Draconcio Romul. 8, 508; 10, 5; Orest. 661; laud. dei 2, 135; 2, 670; 3, 475; satisf. 161. Venancio Fortunato carm. app. p. 373, 65. Ennodio carm. 1, 4, 90. Coripo da también un *ariete* con *e* larga (2, 400).

50. Por ejemplo C. H. Grandgent, *o. c.*, p. 150.

ción no es la que sugiere W. Meyer-Lübke⁵¹, según el cual se trata de un «influjo de *r* sobre la vocal precedente, originariamente átona», sino más bien la de que aquí *i* se funde con *l*, sin llegar a formar, como sucedía cuando la consonante era *b* o *r* que no la absorben, ese «diptongo» *-je-* extraño a la lengua y resuelto por ello en *e* cerrada⁵².

Otra cosa son las formas que presentan *i* acentuada más o breve (el tipo *filiolum*) donde los autores mantienen normalmente la *i* vocálica (lo cual hace pensar en una evolución posterior a la de *-ie-*) en tanto que la lengua vulgar evidencia el desplazamiento del acento, la absorción de la *i* por la consonante precedente cuando era fonéticamente posible, y la abertura de *o*.

Así las cosas, si partimos de la teoría hace poco recogida y apoyada con decisión por A. Pariente⁵³, quien basándose en la línea de opinión que él llama «americana», postula que la lengua vulgar se rigió siempre por la intensidad, cabe admitir la simultaneidad de ambos resultados: la *i* perdió pronto su valor vocálico (recuérdese el *ares* ya documentado por Varrón), y cada estrato cultural, según el carácter propio de su articulación, trata de manera distinta el «soplo» semiconsonántico a que queda reducida. Aquí encaja también el hecho de que, como hace notar V. Väänänen⁵⁴, en los derivados de *mulierem*, *filiolum*, etc., «el tratamiento de la vocal que recibe el acento [intensivo] es el que reciben las breves acentuadas: por consiguiente el desplazamiento del acento debe ser anterior a la pérdida de la cantidad vocálica». Lo cual viene a apoyar la afirmación de que aquél, por sí solo, no es el causante de los supuestos alargamientos en las palabras arriba señaladas.

El distinto estado en latín clásico de las secuencias *-ie-* e *-io-* se debería a la mayor proximidad articulatoria de los dos primeros fonemas entre sí, que los lleva a evolucionar más rápidamente cuando, por una u otra razón, la fonética se relaja.

Para terminar digamos que, según todo lo expuesto, la evolución de *quietem*, *quiesco*, etc. a *quetem*, *quesco*... (cf. ya en Pompeya —C.I.L. IV suppl. I 50— *queti*; *inquietare* en C.I.L. VI 27489 e incluso *cesquant* por *quiescant* en C.I.L. VI 3446) se explica me-

51. W. Meyer-Lübke, *o. c.*, p. 210.

52. Cf. Américo Castro en el *loc. cit.*

53. A. Pariente, «La significación del latín vulgar en el conjunto de la fonética latina», *Actas del V Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid, 1978, p. 118 ss.

54. V. Väänänen, *o. c.*, p. 69.

por a partir de una fusión de *i* con la vocal siguiente, larga, que de su paso a *j*, provocando un complejo e insólito grupo inicial *qvj*-⁵⁵, o la simple supresión «al quedar contrarrestada por la consonancia precedente»⁵⁶.

Descontado el grupo de palabras, finales o no, que evidencian sinicesis o coalescencia de *i* con la vocal siguiente, y el de las que se miden regularmente consonantizándola, la serie de posibles casos de articulación «irregular» de *i* queda muy reducida.

De un lado se suelen citar una serie de nombres propios:

Ennio	ann. 104 251	... Nerienem <i>Mauortis et Herem</i> <i>hunc inter pugnas compellat Seruilius sic</i> ⁵⁷
Catulo	55,10	<i>Camerium mihi, pessimae puellae</i>
Virgilio	Aen. 1,2	<i>Italiam fato profugus Lauiniaque uenit</i>
Horacio	sat. 2,8,1 2,8,21	<i>Vt Nasidieni iuuit te cena beati</i> <i>si memini Varius cum Seruilio Balatrone</i>
Ausonio	epist. 16,87	... <i>Siluios Iulis miscuit</i>

Como es bien sabido, la pronunciación de este tipo de sustantivos fluctúa considerablemente⁵⁸ y los propios latinos eran conscientes de ello; por tanto su fuerza probatoria es sólo relativa.

Aún hoy se duda por ejemplo en *Nerienes* o *Nasidienus*⁵⁹, el primero de los cuales, originariamente sabino, planteaba problemas como prueba el mero hecho de que Aulo Gelio le dedique tanta atención: en 13,23 sólo se ocupa de este tema, y aunque respecto al pasaje de Ennio afirma «...Si quod minime numerum seruauit, primam syllabam intendit, tertiam corripit», de todos los fragmentos poéticos que cita, ninguno ofrece una escansión indiscutible breve-breve-larga.

Por lo que se refiere al *Lauiniaque* virgiliano, hay desde la antigüedad división de opiniones: aparece escrito con o sin la *i* tanto

55. Cf. M. Leumann, o. c., p. 130.

56. Cf. V. Väinänen, o. c., p. 87.

57. Es la lectura de los códices de Aulo Gelio (12, 4, 4) aunque V. Vahlen, siguiendo a J. Dousa, prefiere ...*Seruilius sic compellat*. V. Vahlen, *Emmianae poesis reliquiae*, Leipzig, 1928² (Amsterdam, 1967).

58. Por ejemplo *Arabi*us, *Arabis* tienen la primera larga, *Arabs*, *Arabum* breve; igual ocurre con *Luceribus* y *Luceres*. *Ion*ia se inicia con breve-larga, *Ionius* con larga-breve. *Sidonia* tiene larga la *o*, *Sidonius* breve. Presentan alternancias *Orion*, *Diana*, *Eos* y otros.

59. Para el segundo hay discrepancias entre los diccionarios, fiables en general a la hora de notar las cantidades, de F. Gaffiot y Ch. T. Lewis-Ch. Short. Para el primero no sólo entre estos dos, sino también entre otros. El *Thesaurus Poeticus Linguae Latinae* (Paris, 1922) de L. Quicherat presenta una doble posibilidad, con *Ne-* larga o breve.

en la tradición directa como en la indirecta, pero los testimonios positivos parecen inclinarse por *Lauinaque*. Así Servio en su comentario al pasaje dice textualmente «*Lauina legendum est, non Lauinia*», el códice romano, que se supone del siglo VI, tiene *Lauinaque*, Propercio en 2,34,63, donde sintetiza las palabras iniciales del poema de Virgilio, dice *iactaque Lauinis moenia litoribus* y «quizás el testimonio más antiguo de la Eneida»⁶⁰, una tégula de Itálica perteneciente al parecer al siglo I d. C.⁶¹, que cita los versos 1 y 2 (incompleto) del libro primero, escribe *Lauinaque*. Por eso no sorprende que determinados editores la prefieran⁶².

En cuanto a *Seruilius*, tanto el pasaje de Ennio como el de Horacio admiten una escansión larga-breve-breve-larga, en lugar de larga-larga-larga, que es la que se ha propuesto, y en todo caso, como ocurre con *Siluios*, al ir la *i* entre dos sílabas largas, habría en principio dificultad para decidir si es coalescencia de esa *i* con la vocal siguiente o verdadera consonantización.

Donde esta última se ve más claramente buscada es en *Camerium* y *Nasidieni* dado que tanto Catulo como Horacio presentan los mismos sustantivos en otros versos con la *i* vocálica.

En cualquier caso se trata de nombres poco usuales (quizá con la excepción, al menos en parte, de *Seruilius* y *Siluius*, cuya singularidad articulatoria con respecto a los demás ya he señalado), por lo que, aún admitiendo que consonantizan, está fuera de lugar hablar de una pronunciación popular.

Queda por señalar media docena larga de casos documentados en los autores que venimos estudiando:

Ennio	ann. 94 436	<i>aiium, praepetibus sese pulchrisque locis dant hic insidiantes uigilant, partim requiescunt</i>
Virgilio	georg. 1,482 4,243	<i>fluuiorum rex Eridanus, camposque per omnes stelio, et lucifugis congesta cubilia blattis</i>
Horacio	carm. 3,4,41 6,6 sat. 1,7,30	<i>uos lene consilium et datis et dato hinc omne principium huc refer exitum uindemiator et inuictus cui saepe uiator</i>

Aun aceptándolos todos como consonantizaciones, su número

60. J. Vives, *Inscripciones de la España romana*, Barcelona, 1971, p. 534, núm. 5760; C.I.L. 2, 4967, 31.

61. La datación está en E. Norden, *P. Vergilius Maro, Aeneis Buch VI*, Stuttgart, 1970⁵, p. 130.

62. Por ejemplo O. Ribbeck, *P. Vergili Maronis Opera*, Leipzig, 1894 (Hildesheim, 1966) o J. Conington, *The works of Virgil*, London, 1884 (Hildesheim, 1963).

es evidentemente muy reducido. Pero hay que hacer además varias observaciones:

En primer lugar algunos descuentan el segundo ejemplo eniano, aduciendo que una simple permuta entre *hic* e *insidiantes* permitiría la escansión normal de este último; y sabido es que el orden de las palabras en las citas no resulta muy fiable. Incluso se cuestiona *aiuum* alegando que Cicerón no hace referencia a su singularidad en esa posición, si bien este argumento no es muy convincente⁶³. Más bien cabría «atacar» la consonantización admitiendo aquí ese inicio anapéstico del hexámetro que podría remontar a Homero y que aceptan con naturalidad los gramáticos latinos.

Vindemiator, con la *e* larga, hace dudar entre consonantización de la *i* o coalescencia con la vocal siguiente, también larga. Además se trata de una palabra poco frecuente en poesía y con otra forma alternativa, utilizada, por ejemplo, en Ovidio: *uindemitor*⁶⁴.

Stelio lleva también larga delante de la *i*. Los manuscritos fluctúan entre la grafía con una o dos *l*, lo cual puede deberse a una relación etimológica con *stella*, pero también a esa posible notación alternativa de *l* palatal. Además hay elisión al comenzar por vocal la palabra siguiente.

Fluuiorum, como *aiuum*, presentaría *-vj-*, una secuencia totalmente inusual incluso en frontera de palabra, que resulta tan rara como el hexámetro con anapesto inicial o la vocalización de *u*. Además, aquí también la articulación de la primera sílaba admite fluctuaciones: la Sententia Minuciorum (117 a. C.) escribe *flouio* e incluso *fluio*, que según F. G. Mohl⁶⁵ puede significar dialectalmente *flūjo*. Además, *fluidus* alterna con *fluuidus* y presenta a veces la primera larga (cf. Lucrecio 2,464). El pasaje virgiliano admite un tratamiento dialectal o arcaizante, nada desacorde con el contexto.

Estas alternativas, que al menos cabe aceptar como hipótesis, demuestran que la «licencia» de la consonantización está muy lejos de ser todo lo evidente que generalmente se admite.

Los dos ejemplos de Horacio, en fin, tienen también algunas particularidades: pertenecen a versos no hexamétricos, concreta-

63. Cf. W. M. Lindsay, *o. c.*, p. 141.

64. Las dos formas aparecen incluso en prosa. Cf. por ejemplo Columela.

65. F. G. Mohl, *Introduction à la Chronologie du Latin vulgaire*, Paris, 1899 (Hildesheim, 1974), p. 288.

mente endecasílabos alcaicos, ocupan los dos idéntica posición y llevan la final elidida ante un monosílabo.

Conviene hacer notar que, a excepción de *uindemiator* (pero no olvidemos la variante *uindemitor*) todas las formas citadas encajan perfectamente en sus respectivos tipos de verso, por lo que su peculiar articulación no se debe en rigor a necesidades métricas. Por ejemplo, Virgilio podría fácilmente haber colocado *Eridanus* al comienzo, como hace en *georg.* 4,372, y el hexámetro se mediría sin dificultad.

En todo caso, aun cuando se admitan como ejemplos de consonantización, sigue sin haber evidencias claras de una influencia «vulgar». Entre los vocablos más usuales, *concilium* y *principium* están en las odas, la poesía menos «popular» de Horacio, y *fluuiorum* en dependencia de *Eridanus*, el nombre mítico y poético del Po, sin olvidar que el pueblo prefiere *riuus*⁶⁶.

Todavía existen otras voces en las que algunos eruditos han querido ver un tratamiento singular de la *i*. Las más debatidas son *conubium* y los compuestos de *semi*.

El primero presenta normalmente larga la sílaba *-nu-* en los nominativos y acusativos del plural cuando sobre ella recae el tiempo fuerte del verso, y breve en los demás casos. A la vista de esta situación, si partimos de una hipotética forma originaria con *-nu-* larga, sería necesario dar por sentado que todos los ejemplos incluidos en el hexámetro (salvo los *conubia* citados) consonantizarían la *i*, lo cual es muy difícil de aceptar, dada por una parte su frecuencia y por otra su aparición a veces masiva en autores considerados reacios a esta licencia (ya hemos visto cómo en realidad todos lo son). Pero si se acepta que lo originario era *-nu-* breve, los numerosos versos que llevan *conūbia* sin elidir en quinto pie quedarían incorrectos. La solución es una articulación alternante de esta sílaba, que es lo que señala J. Wackernagel⁶⁷: *cōnūbīum* representa la prosodia normal y únicamente por una convención métrica se admite *cōnūbia*. En su apoyo se pueden aducir otros pares análogos del tipo *Lemūres / Lemūria*, además de los derivados con *u* breve: *nūpta, nūptiae, nūptialis, pronūbus, innūbus, subnūbus*⁶⁸.

66. *Fluuius* falta en todas las lenguas romances (con excepción del antiguo francés, donde es un cultismo) y ya César lo desconoce. Cf. E. Wölflin, *Archiv* VII 1892, p. 388.

67. J. Wackernagel, *Festschrift für Paul Kretschmer*, Viena-Leipzig, 1926, p. 289 ss.

68. Los comentaristas latinos admiten las alternancias aunque parten de una forma con *-nu-* larga. Cf. SERV. Aen. 1, 73 y 4, 126; CASSIOD. gramm. VII 183.

En cuanto a los compuestos de *semi-*, lo normal es que prescindieran de *i*, como sucede con *ambages*, *amburbium*, *grandæuus*, *funambulus*, etc., cuyo primer elemento termina en vocal. De hecho falta en *sinciput* (de *sem(i)-caput*), *semodius*, *semesus*, y en otros aparece más o menos esporádicamente por analogía con *bi-*, *tri-*, que la conservan por ser monosílabos, extendiéndola a *quadri*⁶⁹.

En resumen, descartado el único tipo de consonantizaciones frecuentes, a saber, el que se da de forma regular en los casos oblicuos de *abies* (más *abiagnus*), *aries*, *paries* y en el verbo *arieto*, donde no hay «licencia», todo lo que se incluye bajo el epígrafe general de sinicesis (limitándola al interior de palabra) ha de dividirse en dos bloques: las sinicesis propiamente dichas donde lo más acorde con el status fónico de la lengua latina es postular una coalescencia de la *i* vocálica con la vocal siguiente, y las muy escasas consonantizaciones donde la pérdida de la articulación vocalizada provoca el cierre de la sílaba anterior terminada en consonante, más un número reducido de casos que admiten en rigor tanto una como otra de estas dos alternativas.

V SEMIVOCALICA

Como indiqué más arriba, presenta una situación distinta. En efecto, desde los poetas arcaicos encontramos una serie de palabras donde la *u* vocálica aparece a veces consonantizada, alternando las dos escansiones dentro de la misma obra, cosa que, como hemos visto, sólo muy rara vez sucede con *i*.

La secuencia más habitualmente sujeta a este tratamiento es *-nu-*, de la que la lengua proporciona, al margen de los vocablos que analizamos, numerosos ejemplos en interior y en frontera de palabras, tanto con *u* vocálica como con *v* consonántica originarias.

La consonantización de la vocal cierra la sílaba anterior, que es breve, en *tenuis*, el único adjetivo donde *-nu-* precedido de una breve pertenece al radical⁷⁰, *genua* y otros vocablos de forma más esporádica. Citemos, sin intención de exhaustividad, algunos casos:

69. Cf. M. Leumann, o. c., p. 391.

70. Como señala R. Godel, «Les semi-voyelles en latin», S.L. VII 1953, p. 95.

TENVIS

<i>tenvis.</i>	Inicial:	Lucrecio 3,232; 4,748; 5,148 Virgilio georg. 2,180 Silio Itálico 6,19
	Final:	Lucrecio 1,875; 2,232; 3,448; 4,901
<i>tenve.</i>	Inicial:	Lucrecio 4,1242; 6,1194
	Quinto pie:	Lucrecio 6,1170 Sammonico 324
<i>tenvem.</i>	Inicial:	Lucrecio 4,731
<i>tenvia.</i>	Inicial:	Lucrecio 4,726; 4,1096; 6,1188 Virgilio georg. 1,397 Valerio Flaco 6,225 Silio Itálico 4,147
	Quinto pie:	Lucrecio 3,383; 4,728; 4,743; 4,807; 5,1264; 6,463
	Otras posiciones:	Lucrecio 4,66 (= 4,103) <i>quam quae tenvia sunt, hiscendist nulla potestas</i> 4,802 <i>et quia tenvia sunt, nisi quae contendit, acute</i> Estacio Theb. 5,597 <i>rapta cutis tenvia ossa patent nexusque madentes</i> 6,196 <i>obnubit tenvia ora comis ac talia fletu</i>

tenvior y *tenviore* en Estacio, cf. supra p. 101.

GENV

<i>genva</i>	Inicial:	Virgilio Aen. 5,432; 12,905 Silio Itálico 1,529 Estacio Theb. 8,156
--------------	----------	---

OTRAS FORMAS:

exten-vo en Lucrecio 4,1262

sin-vo en Silio Itálico 6,226; 7,503; 10,181

Todos estos vocablos aparecen en los mismos autores con su articulación «normal».

Por contra, la secuencia *-lv-* (y en menor escala *-rv-*) se mide algunas veces vocalizando la consonante. Ello responde a una circunstancia diacrónica, pues remonta a *u* en casos como *soluo* (de **se-luo*), *uoluo* (de **ue-luo*), *saluus* (de **sa-luos*) y otros (y paralelamente, *arua*, *ceruos* que contienen un sufijo *-uo-*)⁷¹. Además, estas

71. Cf. M. Leumann, o. c., p. 132.

secuencias son admisibles en interior y en límite de vocablos con *u* vocálica o consonántica originarias. En consecuencia podemos señalar algunos ejemplos, como:

SOLVO y compuestos

- so-lu-o* Catulo 2,13; 61, 53
dis-so-lu-o Lucrecio 1,216; 1,559; 3,706; 6,446
 Catulo 66,38
 Tibulo 1,7,2; 1,7,40; 1,10,62
ex-so-lu-o Lucrecio 1,811
 Ovidio fast. 4,534

Compuestos de VOLVO

- e-uo-lu-o* Catulo 66,74
 Ovidio epist. 12,4; trist. 2,238
in-uo-lu-o Ovidio epist. 9,86

SI-LU-A Horacio carm. 1,23,4; epod. 13,2

MI-LU-US⁷² Horacio epod. 16,32; epist. 1,16,51
 Ovidio am. 2,6,34; met. 2,716; fast. 3,794; 3,808
 Fedro 1,31,3; 1,31,10
 Persio 4,26

LA-RU-A Horacio sat. 1,5,64

Los autores arcaicos documentan también la escansión con *u* vocálica.

Como estos fenómenos alternan dentro de los mismos poetas, que además se muestran en algunos casos reacios a admitir la consonantización de *i* (vgr. Ovidio), podemos deducir que se trataba de una pronunciación más o menos idéntica y que la elección de forma era prácticamente potestativa.

A la vista de lo expuesto, el *maluisti* de Lucilio 91-92 *maluisti dici. Graece ergo praetor Athenis / id quod maluisti te...* se puede explicar como una consonantización, y también como un «falso diptongo» e incluso, si se acepta la sugerencia de J. M. Stowasser⁷³, como una abreviación yámbica.

Igualmente, la escansión de *svā-*, *svē-* en una sola sílaba, normal porque originariamente la *v* era semiconsonántica, presenta excepciones ya desde Lucrecio (cf. 4,1157 ...*Veneremque suadent*).

Los ejemplos documentados a partir de la época clásica fuera de estas palabras parecen deberse más bien a sinicesis o coales-

72. *Milvus* lleva *v*, es decir, se mide disilábico a partir de Ovidio, hal. 95.

73. J. M. Stowasser, «Vulgärmetrisches aus Lucilius», *W.St.* 27 (1905), p. 224.

cencia vocálica. Por ejemplo, el *patrui* que cierra Theb. 4,429 de Estacio: *...limina patrui / effugit...*: antes de suponer un grupo triconsonántico oclusiva-líquida-*v*, sería preferible pensar que las primeras han alargado la vocal anterior, licencia relativamente frecuente y documentada alguna vez en esta misma palabra⁷⁴, y que *-ui* forma un «falso diptongo»⁷⁵, o incluso que se trata aquí de un verso hipémetro.

Algo semejante cabe decir de los casos en que *fortuitus*, que tiene la *i* larga, aparece en hexámetros (cf. Manilio 1,182; Juvenal 13,225; Petronio 135,8,9): se formaría un grupo de tres consonantes indocumentado en la lengua latina; por ello resulta más admisible la coalescencia de *u* con *i*, si no se trata de una abreviación de ésta, como sucede con *gratuitus* en Estacio silv. 1,6,16. Y lo mismo vale, por ejemplo, para *pituuta* (Horacio sat. 2,2,76, epist. 1,1,108; Persio 2,57), *miscuissem* (Coripo Ioh. 6,177) y otros.

Los gramáticos latinos admiten expresamente estas «licencias». Así, Consencio (gramm. V 392-393), al hablar de los barbarismos, pone como ejemplo de *diaeresin* el uso de *soluūt* por *solvit*, y de *episynaliphen* el de *uam passam* por *uuam passam* o *indurvit* por *induruit*; Prisciano (gramm. III 112) hace notar que en epod. 13,2 *silua* divide su sílaba final en dos: *siliua*, y Casiodoro (gramm. VII 205) se ocupa de *soluo*, *neruus*, *larua*, *pulus*, *tenuis*.

Se ve con claridad que al menos hasta la época clásica el fonema *u* admitía una escansión alternante en circunstancias muy concretas que perduran más adelante como reflejo en los autores post-clásicos, mientras las supuestas consonantizaciones en vocablos diversos son más bien casos de coalescencia vocálica.

CONCLUSION

En términos métricos cualquier cosa que entendamos por *sini-cesis* tiene como único efecto la eliminación de una sílaba. El problema radica en determinar qué camino se ha seguido, y aquí conviene desligar *i* de *u*.

Para la *i*, si se admite que lo normal es la consonantización, tropezamos con ciertos escollos: en primer lugar habría que poner

74. Por ejemplo, en Catal. 5, 34; 13, 39 o Sidonio carm. 24, 89.

75. Eso es lo que sostiene, por ejemplo, F. Vollmer en su edición de las silvas citada, p. 557.

en cuarentena un fin de hexámetro ...*semine oriundi*, una secuencia también hexamétrica ...*primum dominia atque...* o un *operiuntur* inicial de verso yámbico (cf. supra p. 100), pues la consonantización de *i* cerraría la sílaba anterior como hace en *abiete*, *ariete*, etc. En segundo lugar se «inventan» secuencias fónicas como *-vj-* o *-mj-*, de las cuales la lengua no presenta ningún testimonio.

En cambio, si partimos de una sinicesis entendiendo por tal la coalescencia de dos vocales, lo único que hacemos es incluir las formas *ia*, *ie*, *io*, *iu* en el cauce abierto por *ea*, *eo*, *eu* susceptibles para todos de formar tales sinicesis. La aparente excepción de los mencionados *abiete*, *ariete*, etc., se debe a la presencia en ellos de una secuencia singular, *ie*, que permite la consonantización generalizada, y no potestativa, de *i*.

Ello no obsta para que en algún caso aislado la *i* pueda tener valor consonántico como una licencia que remontaría en último término a Homero a través de sus primeros imitadores.

El posible influjo popular directo sobre estas articulaciones no queda nada claro. Más bien todo lo contrario: los testimonios comunes que poseemos de ambos estratos han seguido distintos derroteros.

En fin, por lo que toca a la *u*, es evidente que presenta alternancias frecuentes para determinadas combinaciones (consonantización en *-nu-*, vocalización en *-lv-* y también *-rv-*, *-sv-*) por razones de distribución o de tipo histórico; pero fuera de ellas los ejemplos se enrarecen considerablemente y admiten en general la explicación por coalescencia u otras causas.